

ANABEL GARCÍA

El día
que me calle
me salen
subtitulos



*El día que me calle
me salen subtítulos*

Anabel García

Esencia/Planeta

© Anabel García, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Gogoiso y Aaron Amat, Shutterstock
© fotografía de la autora: archivo de la autora

Primera edición: abril de 2019
ISBN: 978-84-08-20682-8
Depósito legal: B. 6.074-2019
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47



Hombres del mundo: ¿En serio sois así, o sufrís averías cerebrales?

CAROLINE, *The man-hater*

Cada mañana, lo primero que hago es ver la *intro* de Caroline en su famoso canal de YouTube y mondarme de risa. Esta chica no tiene remedio, si por ella fuera, exterminaría de un plumazo a todos los hombres de la faz de la Tierra; sin embargo, sus seguidores aumentan por momentos, género masculino incluido. Yo bromeo con ella porque auguro que ese canal se convertirá en un arma de destrucción masiva, aunque ella no cabe en sí de gozo cada vez que se lo advierto.

Pero, volviendo a la cruda realidad:

—Hay veces que miro tu mesa y me entran ganas de salir corriendo de la oficina, con gritos de horror incluidos —le increpo a John al pasar por su lado, sin detenerme para esperar su respuesta y sin dedicar ni una sola mirada hacia su persona.

—Ahora mismo lo recojo, jefa —me contesta con un falso apuro muy mal disimulado.

No me vuelvo para rebatirlo; sé de sobra que esa mesa mañana estará igual de desordenada, aunque, por otra parte, con la cantidad de trabajo que tiene el pobre hombre, es lógico que no le dé la vida para más.

—Cuando te despida, no llores —protesto falsamente indignada, mientras cierro tras de mí la puerta de mi despacho con un fuerte portazo.

—Sabes que eso no va a ocurrir, me quieres demasiado —le oigo responder desde fuera, pero hago como que no me entero.

John es mi secretario/ayudante/chico de los recados/salvavidas, aunque mis amigos bromean diciendo que es mi esclavo; no obstante, la realidad es que no podría respirar sin él. Es mi mano derecha, una especie de agenda con patas. ¡Por Dios, si hasta me recuerda que felicite a mi madre por su cumpleaños! Y es por eso, y por un millón de cosas más, por lo que permito que me tutee y que me trate con esa confianza.

—Ese hombre es una auténtica joya que no debes dejar escapar por nada del mundo, hija mía, al menos como amante —me aconseja mi adorada progenitora cada vez que viene por la oficina, aprovechando para ponerle ojitos al susodicho.

Y es que, aparte de inteligente, John es muy atractivo, dicho sea de paso. Con su metro noventa de altura, su pelo moreno y sus increíbles ojos verdes, tiene a todo el personal femenino babeando por él, incluida mi madre.

—Mamá, eres una vieja verde, deja de flirtear con mi empleado o me veré obligada a contárselo a papá —la amenacé un día que estaba sentada sobre la mesa de John, cantándole sus alabanzas, mientras el pobre chico no sabía dónde meterse.

—¡Oh! ¡Eres una aguafiestas, Zoe! —protestó ella, volviendo a mi despacho, aunque caminando con gran elegancia felina para que mi secretario intentase no mirar su trasero—. Ese hombre es un caramelito y, si no te lo quieres comer tú, me veré obligada a hacerlo yo; ¡prácticamente me estás lanzando a sus brazos! —se excusaba con cara de no haber roto nunca un plato.

—¡Eres una ninfómana incorregible! —la recriminé, aguantando la risa. Ya te digo yo que Mrs. Robinson al lado de mi madre es una mera principianta.

Ésa es mi madre, la señora O'Connor, también conocida como la señora *De O'Connor* entre los vecinos de la alta sociedad de Bel Air, ya que mi padre es el multimillonario famoso y ella «una simple aprovechada a la que hizo un oportuno bombo cuando estaban ambos en la universidad, aprovechando así su única baza en la vida» o, al menos, ésa es la versión de mi abuela paterna, Isabel,

con la que podréis deducir que mi madre nunca se ha llevado demasiado bien.

Por este motivo, y por muchísimos otros más, las cenas de Navidad en casa de mis abuelos paternos siempre fueron un auténtico infierno; una cruenta batalla campal entre ellas dos, aunque ahora eso no viene al caso.

Por cierto, el bombo soy yo.

Observo mi impoluto despacho, situado en pleno distrito financiero de Los Ángeles, en un barrio de lo más *cool* conocido como Century City y, más concretamente, en Century Park, justo al lado del paseo de las estrellas y de los Estudios Fox; o sea, que para mí no es extraño cruzarme de manera habitual con actores y actrices famosos de Hollywood.

Todavía recuerdo el día en que Caroline vino a recogerme a la *ofi* y se cruzó con Leonardo DiCaprio. ¡No fue capaz de cerrar la boca durante horas! Además de estar una semana entera contándolo en su canal de YouTube una media de cuatro veces diarias. Cada vez que lo explicaba resultaba que Leonardo la había mirado durante más tiempo; hasta que, en su último vídeo, el actor terminó guiñándole un ojo e invitándola a salir. Y no contó que le había pedido matrimonio por miedo a una demanda, que si no...

Claro está que mi amiga se vio obligada a declinar la amable invitación de DiCaprio, pues ella es una famosa *influencer* en las redes, que se caracteriza, precisamente, por no querer tener novio, de ahí su nombre artístico: Caroline, *the man-hater*, lo que viene a significar algo así como *la odiadora de hombres*. Por lo tanto, el señor Leonardo DiCaprio no encajaba en sus planes de futuro.

—Pobrecillo, le habrá destrozado el corazón al muchacho —me comentaba mi madre un buen día mientras estábamos en la peluquería, pues ella es la fan número uno del canal de Caroline; cosa lógica, ya que están las dos igual de taradas.

—¡Pero, mamá, si es mentira! Yo estaba a su lado y DiCaprio ni siquiera la miró de soslayo. —Me carcajeé ante su inverosímil inocencia.

—Eso es que tienes envidia porque la miró a ella y no a ti, no creo que Carol se inventase una cosa así, Zoe —me reprochó para provocarme.

—Lo que tú digas. —Bufé indignada, poniendo los ojos en blanco.

Entonces, se bajó un poco sus gafas de pasta rosa de Chanel para poder mirarme por encima de ellas con esos ojos de arpía que la caracterizan y añadir:

—Hija, asume de una maldita vez que no todos los hombres del mundo se enamoran de ti nada más verte. He de admitir que una gran mayoría sí, pero el resto de las mortales también tenemos derecho a ligar, ¿no crees?

—Paso de ti —le respondí, sin prestarle el menor de los casos. Hay veces que se piensa que está soltera y me enerva que no respete a mi padre.

Yo soy angelina de toda la vida, ya que nací aquí, pero mis padres son madrileños de pura cepa; es decir, que sus padres también son madrileños, lo que se conoce como *gatos*, y que cada vez es más raro encontrar por el mundo. Con lo cual, soy completamente bilingüe, pues en mi entorno se habla inglés y en mi familia siempre se ha hablado el castellano. Incluso tengo muchos amigos españoles aquí; una de ellas, Caroline, porque LA es una de las ciudades más cosmopolitas del mundo.

Mi padre decidió montar su empresa en esta ciudad porque el fundador era español, y este hecho le resultó tan curioso que supuso que se trataba de una señal divina. En la actualidad, todo apunta a que puede que ese milagro fuera cierto, dado el repentino éxito de la empresa, pues Los Ángeles es uno de los motores económicos de Estados Unidos, y yo diría que nuestra empresa, O'Connor & Co., es una de las que más fuerza aportan a dicho motor.

Como podréis suponer, mis padres en realidad no se apellidan O'Connor; su apellido era Rodríguez, pero decidieron cambiarlo legalmente cuando llegaron aquí para que los clientes no tuviesen prejuicios al respecto. Todo ello dio como resultado que Lidia Márquez y Julián Rodríguez se convirtieran en Ashley y Brandon

O'Connor. Mi hermana menor, Kimberly, y yo, ya nacimos con este apellido.

Y así fue como unos jóvenes de buena familia, emprendedores y recién casados, se embarcaron en la aventura empresarial, dejando todo su mundo atrás para comenzar una nueva vida en un país desconocido. Cosa que les fue muy bien, pues hoy en día tenemos un imperio; aunque no por ello fue menos arriesgado.

O'Connor & Co. comenzó siendo una pequeña empresa de suministros para vehículos sostenibles, situada en las afueras de la ciudad, y hoy en día ocupa tres cuartas partes de uno de los rascacielos más emblemáticos del centro urbano. Mi padre estudió ingeniería aeroespacial y se le ocurrió que, poniendo un pequeño filtro de fibra de carbono dentro del motor, los vehículos contaminarían mucho menos; lo patentó, y en la actualidad lo usan casi todos los medios de transporte, ya sean aéreos, marítimos, o terrestres.

—Zoe—y hablando del rey de Roma, mi padre por la puerta de mi despacho asoma, sacándome de mis divagaciones—, ¿has conseguido ya el contrato con los japoneses?

Desvió los ojos de la pantalla del ordenador para mirarlo mientras permanezco sentada en mi sillón de reina, tras la gran mesa de madera, imitación de nogal, ya que no quiero que se talen árboles por el mero placer de escribir sobre ellos. Enlazo los dedos y lo miro fijamente.

—¡Hola, papi! ¿Qué tal la mañana? ¡Oh, yo también me alegro mucho de verte! —bromeo.

Él tuerce el gesto para terminar sonriendo. Sé de sobra que soy su talón de Aquiles, pero en la empresa, de puertas para dentro, el gran Brandon O'Connor es un empresario infalible: no se detiene ni un minuto a descansar y pretende que todos los demás seamos iguales; y, muy a mi pesar, lo somos.

—Hola, cariño. —Su mirada financiera se torna familiar—. Perdóname, ya sabes que siempre ando demasiado liado.

Se acerca con paso ágil para darme un beso en la mejilla.

—Lo sé, papá, y creo que podré perdonarte —le concedo—; los

japos vendrán mañana a primera hora, tranquilo que los tengo en el bolsillo.

Una sonrisa triunfal, a la par que orgullosa, invade su rostro. Tiene el pelo medio moreno, medio canoso, y unos ojos azules preciosos. Todo ello enmarcado en un rostro tan rudo y curtido que, a cualquiera que no lo conozca, le impondría más que respeto porque siempre parece enfadado, aunque en el fondo sea un oso de peluche. Está a punto de cumplir cincuenta y cinco años y todavía conserva su atractivo intacto. Se ha convertido en un hombre maduro muy interesante y por eso mi madre siempre anda como una gata en celo, para que él se dé cuenta de que ella tampoco ha perdido ni un ápice de su indulgente belleza. Aunque me consta que mi padre lo tiene presente; de hecho, ella es la única que lo pone en duda.

—¡Sabía que lo conseguirías, hija! —exclama entusiasmado, dándome una palmadita en la espalda para después dirigirse hacia la puerta y, una vez allí, observarme con orgullo antes de marcharse.

—Gracias, jefe. —Imito un gesto militar poniendo mi mano en la frente y le hago sonreír de nuevo.

Su padre, mi abuelo Isaac, era capitán de la Marina, por eso el ambiente militar siempre ha reinado en mi casa. Mi abuelo quería que mi padre se alistara en las Fuerzas Armadas, incluso le tenía reservada una plaza desde que nació; pero ese futuro brillante que le habían asegurado se truncó el día en que una rubia de ojos verdes llamada Lidia, hoy Ashley, se cruzó en su camino y se quedó embarazada.

Mis abuelos siempre pensarán que mi madre lo hizo a propósito para cazarlo, aunque ella haya sostenido siempre que también se quebró su vida, no sólo la de él, pues se vio obligada a dejar la carrera de medicina para criar a una niña. Pero, para mis abuelos, su versión siempre carecerá de veracidad, teniendo en cuenta la educación machista de la época, y no se lo perdonarán jamás.

—¡Ah, Zoe! Recuerda la reunión con Emily —me dice antes de cerrar la puerta y marcharse; ya no se permite perder más tiempo.

Mi móvil vibra sobre la mesa, lo cojo para comprobar de qué se trata y descubro que es un wasap de mi hermana.

Hermanita, ¿qué te parece si me invitas a cenar y nos ponemos al día? Llego en un par de horas y te tengo que dar el coñazo para contarte todo. Besos.

Si no me pareciese bien, vendrías igual, no tengo alternativa... ¡Es broma! ¡Me muero por verte!

¡Y yo también! Espero que no tengas planes porque te voy a secuestrar esta noche.

Había quedado con Emily, la directora de marketing, para cenar en casa; vente y cenamos las tres. No creo que tarde mucho en irse.

Mi hermana no necesita invitación para venir a mi casa; de hecho, tiene su propia habitación en ella, aunque me avisa porque de esta manera no se ve obligada a pasar antes por casa de mis padres, a los que sospecho que, de momento, no tiene demasiadas ganas de ver.

¡Genial! Entonces ¡pyjama's party!

Pongo los ojos en blanco y sonrío por su inagotable sarcasmo. Me pongo nostálgica ante la idea de hacer una fiesta de pijamas, aquéllas donde no podía faltar una guerra de almohadas o un festín de helado; entonces éramos pequeñas, pero ya las liábamos bien gordas.

Recuerdo una de aquellas fiestas, cuando todavía vivíamos en

casa de mis padres. Mi hermana se descolgó desde la ventana de mi habitación, en la segunda planta, con unas cuantas sábanas atadas las unas a las otras; ni siquiera se nos ocurrió que se podría haber matado de no haber aguantado su peso. Tendríamos nueve años ella y once yo. Kim lo hizo por el mero placer de llamar al timbre y ver cómo a mi madre le daba un infarto. ¡Lo que nos reímos todas las amigas al ver a la estirada de mi madre al borde del ataque de nervios!

Kimberly siempre ha sido la cabeza loca de la familia, es como una versión 2.0 de mi madre, pero más moderna y con posibilidades infinitas de amargarle la vida.

—El karma siempre te lo devuelve todo multiplicado por dos —le auguraba mi abuela Susana a mi madre, entre risas, al ver su desesperación. ¡Y qué razón tenía!

Cuando éramos niñas estábamos siempre peleando, y ahora que somos adultas, la echo muchísimo de menos.

Continúo mi día como otro cualquiera: a tope de trabajo. Yo me encargo de coordinar el área comercial y de fidelización de la empresa, además de dirigir las relaciones internacionales o, lo que es lo mismo pero dicho con otras palabras: mi cometido es captar nuevos clientes y pelotear a los que ya son nuestros.

Cuando termino mi jornada laboral, a eso de las cuatro de la tarde, cierro mi portátil y salgo del despacho. Compruebo que John continúa en su sitio, sin parar de teclear con una sola mano, mientras sostiene un montón de papeles con la otra, mirando absorto la pantalla del ordenador. El sonido de mis tacones consigue que levante la vista hacia mí cual conejillo asustado.

—John, no te vayas demasiado tarde; tienes un contrato indefinido, lo que significa que no te puedo despedir de momento, aunque podría hacerlo por no cumplir con el horario establecido. Además, si terminas todo el trabajo hoy, no tendrás nada que hacer mañana —le aconsejo conteniendo la risa, mientras paso por delante de su mesa sin detener mi paso.

—Usted tranquila, señorita O'Connor —contesta con retintín—, tengo trabajo de aquí a la eternidad— dice mientras continúa a lo suyo sin prestarme demasiada atención.

—Si en media hora no has salido, mandaré al encargado de seguridad para que desaloje la planta; hay un horario que tienes que respetar.

—Dame diez minutos y cierro —me concede.

—Ni uno más.

—Oído —musita, de nuevo abstraído por su mundo de cuentas y balances.

Las puertas del ascensor se cierran y él sigue a lo suyo. Desconozco si tendrá novia, hijos o aficiones, pero si por él fuese, viviría detrás de ese maldito ordenador. No tiene límites; es adicto al trabajo, literalmente.

Salgo a la calle y me pongo mis maxigafas de sol de Armani para no quedarme ciega. Estamos a primeros de mayo y empieza a hacer mucho calor. Me dirijo con paso firme hacia nuestro parking privado, situado junto al edificio principal, y cuando llego a mi plaza, apunto hacia mi coche con el minúsculo mando a distancia que tengo en la mano.

En Los Ángeles se da un fenómeno conocido como el *smog*, que no es otra cosa que una burbuja sobre la ciudad provocada por la contaminación de los coches. Este fenómeno es debido a que casi nunca llueve, pues tenemos un clima costero muy templado. Si a eso le sumas los cuatro millones de habitantes que viven en la ciudad, más los otros siete millones de las ciudades colindantes que se desplazan hasta aquí cada día para trabajar, esto se convierte en una bomba atómica de humo. Por eso el ayuntamiento hace lo imposible por cumplir con las tasas medioambientales impuestas por el gobierno de California y, debido a todo esto, sólo están permitidos los coches con baja emisión de gas, nada de bólidos ultrapotentes como los que salen en las películas. A no ser, claro está, que los tunees, como es mi caso, y de esta forma te permitan conducir una máquina celestial por la ciudad.

Las luces intermitentes de mi flamante Lamborghini Aventador me indican su localización. Avanzo hacia él, admirando su impresionante carrocería roja, que brilla a la luz del sol como un diamante, mientras se alzan las puertas de alas de gaviota. Se trata de un vehículo ya de por sí ultraligero, al que añadí nuestros famosos

filtros por doquier, obteniendo un resultado excelente: un coche de superlujo que no contamina.

Mi idea, al principio, les pareció a todos una completa locura, para variar. Pero mi padre no dudó en apoyarme y fabricaron dichos filtros especiales para mí; total, de no obtener el resultado esperado, lo peor que podría suceder es que tuviese que pagar una considerable multa al gobierno por contaminar en exceso y la retirada de mi vehículo de la circulación... Nada que no pudiéramos asumir.

Antes de que me concediesen el permiso para poder circular, me obligaron a insertar en el coche un aparatito que calculaba la emisión de gases tóxicos, que debería presentar en el plazo de un mes ante el gobernador. Pero el resultado no sólo fue positivo, sino óptimo. Mi coche contaminaba mucho menos que la media, ya de por sí libre de gases, y así fue como, poco a poco, se fue extendiendo la noticia de que no tenías por qué renunciar a poseer un gran coche para no contaminar, y los pedidos de nuestros filtros se triplicaron en tan sólo una semana. Lanzamos una agresiva campaña publicitaria y hoy en día prácticamente todas las compañías automovilísticas del mundo lo añaden de serie a sus vehículos de lujo.

Por todo esto y por mucho más mi padre bebe los vientos por mí. Él lo inventó, fue suya la idea, pero una servidora lo ha dado a conocer a nivel mundial.

Me quito los tacones de aguja de Manolo Blahnik para poder acelerar como es debido y me siento sobre la tapicería de cuero negra, subiendo mi falda de tubo hasta la mitad del muslo para estar más cómoda, mientras espero a que se bajen las puertas. Al salir, saludo a uno de los muchos guardias de seguridad que vigilan el parking de la empresa, pues aquí hay una verdadera fortuna en cuanto a coches se refiere y no puede faltar la vigilancia extrema.

No tarde demasiado en sumarme al tráfico de la autovía, con dirección a mi casa. Conducir es una de mis grandes pasiones y este cochecito va prácticamente solo.